

Maduración y equilibrio afectivo en el celibato

Eduardo López Azpitarte

La realidad de una situación el nuevo contexto social

De hecho, son muchas las personas que por unas razones o por otras viven el celibato en nuestra sociedad. Su número va además en aumento, debido a una serie de circunstancias que posibilitan el que no se acuda al matrimonio como la única solución para asegurarse el futuro, aunque a veces las motivaciones sean egoístas y tenga muy poco que ver con la castidad¹. Sin embargo, nuestras reflexiones van a centrarse fundamentalmente sobre la virginidad y el celibato religioso, cuando se acepta como una forma de consagración y entrega a Dios. Esta motivación es la que lo caracteriza y distingue de otras situaciones parecidas. Desde ahí podrán iluminarse otros aspectos del celibato no consagrado, y mucho de lo que digamos sobre aquél tendrá también su aplicación en éste, con ciertas diferencias lógicas y comprensibles.

Hoy vivimos en un ambiente cultural donde este género de vida se valora con matices bastante diferentes a los de épocas anteriores. Antes constituía el único camino de perfección para los que buscaban una entrega más profunda a Dios, que no se hacía posible en el matrimonio al ser un estado que, por su naturaleza, impedía semejante donación. La elección de este camino implicaba una renuncia a la santidad que parecía incompatible con las preocupaciones y tareas de los

¹ M. FERNÁNDEZ DEL RIESGO, *El boom que se acerca: vivir soltero*, Cuadernos de Realidades Sociales nº 33-34 (1989) 15-24.

cónyuges. Como consecuencia nacía una situación de aprecio y estima social por tratarse de personas escogidas y privilegiadas. Bastaría pensar en la imagen sociológica que ha rodeado con tanta frecuencia al sacerdote o religioso. El poder y la dignidad que representaba como depositario de lo sagrado, la autoridad y el prestigio dentro de la comunidad humana, la aureola de lo que se consideraba como la mejor profesión posible, el dominio paternal que ejercía sobre los otros, el depositario y consejero en tantas confidencias, la palabra casi definitiva en muchos problemas y otros elementos semejantes, producían una alimentación psicológica mucho mayor de lo que se creía. Todo ello sirvió de ayuda y estímulo para fomentar esta vocación y para mantenerla no sólo como una riqueza personal, sino como algo valioso y aceptable sociológicamente.

La situación se presenta ahora muy cambiada, pues hemos asistido a una revalorización de la teología del matrimonio, en la que el amor conyugal se vive como un lugar de cita y de encuentro con Dios. Querer a otra persona no impide el cariño a Dios ni un compromiso para trabajar por su Reino, sino que se considera como una auténtica ayuda para el mismo trabajo apostólico. Es una opción también que facilita la maduración y el equilibrio afectivo, que le falta a tantos célibes, y cuya importancia se subraya hoy con especial énfasis. No es extraño, por tanto, que exista una devaluación sociológica, pues la renuncia a esta experiencia afectiva llevará con frecuencia a un estado de mutilación y empobrecimiento psicológico, que desemboca en otra serie de riesgos y ambigüedades, como las compensaciones ocultas, el narcisismo egoísta, las conductas infantiles, las manías y originalidades. La alimentación psicológica que aportaba la sociedad ha descendido hasta niveles muy pequeños. Existe una incompreensión generalizada para descubrir el sentido de esta opción.

Las incoherencias y fragilidades, que hoy se conocen con mayor facilidad, producen la impresión también de que las apariencias engañan y muchas de estas personas encubren debilidades ocultas. Incluso en ambientes cristianos, el testimonio externo ha perdido mucho de credibilidad, pues no acaban de creer en una coherencia de vida. El número de sacerdotes y religiosos que abandonaron su compromiso celibatario parece confirmar esta sospecha de que hay más conflictos latentes de lo que se manifiesta por fuera. Hasta las mismas discusiones sobre la conveniencia o no de vincular el celibato con el ministerio sacerdotal indicarían que la experiencia ha demostrado las dificultades presentes en tal legislación que muchos desean suprimir. Lo que sí está claro es que el que ahora tome esta dirección se encontrará inevitablemente con un entorno hostil que puede tambalearlo en su propia seguridad. Dando por supuesta la validez y vigencia de esta opción voluntaria, quisiera detenerme en un punto, objeto de discusión y controversia en la actualidad: el equilibrio afectivo de la persona celibataria.

Hace ya algunos años publiqué en esta misma revista un artículo sobre este tema², que ahora quiero completar con otros puntos suplementarios.

La maduración psicológica en el celibato: una constatación objetiva

Si el amor matrimonial debe ser una ocasión propicia para la apertura al otro y, en cierto sentido, un camino normal para la maduración psicológica, ¿no sería el celibato una especie de mutilación, la causa de los desequilibrios de muchos célibes con todas sus consecuencias? Es una idea bastante extendida en ciertos ambientes, como si la renuncia a la experiencia afectiva de la conyugalidad y al ejercicio del sexo, con todas las gratificaciones que comporta, fuera ya indicio de una cierta rareza o condujera inevitablemente hacia otros desequilibrios psicológicos.

Mucho mejor que responder a esta pregunta con elucubraciones y teoría abstractas, se impone una constatación nacida de la experiencia, que no conviene olvidar para evitar exageraciones de cualquier índole. Nadie puede negar la pobreza psicológica de algunos célibes que no han sabido evolucionar, por las condiciones características en que han vivido, hacia una maduración afectiva. Hay conductas que revelan manías, compensaciones, reacciones infantiles, lejanía e insensibilidad ante problemas humanos, con otras múltiples manifestaciones del que no ha desarrollado su riqueza interior y su mundo sensible y afectivo. A pesar de sus esfuerzos, buena voluntad e, incluso, de una vida entregada y piadosa, no constituyen ningún modelo de armonía e integración personal. Pero sería cerrar los ojos no querer darse cuenta de que también en el matrimonio es posible encontrar desequilibrios, rarezas y neurosis más o menos compensadas. Basta muchas veces el conocimiento superficial de algunas parejas —y aun más, cuando se penetra en intimidades que no se detectan por fuera— para descubrir múltiples actitudes regresivas e inmaduras de tantas personas que se quedaron a mitad de camino en su proceso de evolución.

Lo mismo que sería injusto ignorar la riqueza humana de muchos célibes, que han sabido explotar al máximo sus capacidades afectivas y psicológicas, aun viviendo en unas circunstancias, como diremos enseguida, donde se hace más difícil su maduración. Esto demuestra la dificultad de una confrontación objetiva para ver dónde, de hecho y en teoría, se alcanza un equilibrio mayor. Si tanto en uno como en otro estado existen personas con un psiquismo excelente, normal, pobre o patológico, esto significa que no es tanto el género de vida cuanto la

² *La maduración psicológica en la virginidad*, Proyección 28 (1981) 201-210.

situación individual de cada uno lo que facilita o entorpece su propio desarrollo evolutivo. La renuncia al amor conyugal o al ejercicio del sexo no son por sí mismas determinantes de ninguna anomalía psíquica o de conductas cercanas a lo patológico³. De la misma manera que la vida sexual y el matrimonio no sirven de terapias eficaces para la curación de todos los conflictos.

Dificultades específicas de la vida celibataria: ambigüedad de una renuncia afectiva

Hay que reconocer, sin embargo, que la vida celibataria constituye un camino más difícil y arriesgado para el proceso de maduración⁴. Si el amor es un elemento decisivo para el equilibrio psicológico de la persona, en este género de vida se renuncia a la experiencia humana de la conyugalidad, la más rica y densa que se puede tener. En el cariño de la pareja, cada uno encuentra en el otro su complemento más adecuado y le hace sentirse como ser único y exclusivo. Una gratificación amorosa que repercute en todos los niveles de la personalidad para enfrentarse a la vida con una dosis básica de plenitud y optimismo. Ser célibe implica, en el fondo, la aceptación de un cierto vacío o soledad que nada ni nadie llega a suplir, ni siquiera la vivencia más profunda y cercana de Dios que se mueve en otras coordenadas diferentes. Ya sé que en el corazón de cualquier ser humano anida siempre una nostalgia de más, que impide la satisfacción absoluta y definitiva, como si la felicidad que se busca no dejara de ser un sueño. Aun en

³ Cf. *Psychopatologie et célibat*, en AA.VV., *Célibat et sexualité*, Du Seuil, Paris 1970, 113-159, un libro cuya lectura recomiendo por su estudio interdisciplinar e interesantes observaciones. También P. CHAUCHARD, *Celibato y equilibrio psicológico*, en J. COPPENS (dir.), *Sacerdocio y celibato*, Edica, Madrid 1971, 499-518; L. J. GONZÁLEZ, *Experiencia de Dios y celibato creativo, a la luz de la actual psicoterapia*, Medellín 7 (1981) 531-570; A. JIMÉNEZ CADENA, *Madurez humana y castidad religiosa*, Theologica Xaveriana 31 (1981) 349-365; U. ALONSO, *Aspectos psicológicos de la virginidad*, Communio 17 (1984) 213-234; AA.VV., *La madurez y los conflictos de la afectividad en la vida religiosa*, Testimonio nº 87-88 (1985); J. GARRIDO, *Grandeza y miseria del celibato cristiano*, Sal Terrae, Santander 1987; AA.VV., *Stress et équilibre de vie. A propos du prêtre catholique*, Supplément nº 179 (1991); R. GÓMEZ MANZANO, *El camino hacia la maduración sexual de los religiosos*, Vida Religiosa 70 (1991) 213-226; L. ARRIETA, *La formación de una afectividad célibe*, Sal Terrae 79 (1991) 881-837.

⁴ Cf. el interesante artículo de J. M^o. URIARTE, *Ministerio sacerdotal y celibato*, Iglesia Viva nº 91-92 (1981) 49-79; J. PASQUIER, *El celibato y la madurez afectiva*, Seminarios 27 (1981) 55-63; T. ANATRELLA, *Des implications affectives dans la relation pastorale entre des femmes et des prêtres*, Supplément nº 166 (1988) 13-29; V. H. SILVEIRA, *Uma pesquisa sobre afetividade dos religiosos do Brasil*, Convergência 25 (1990) 31-47; A. CENCINI, *La soledad del sacerdote hoy: ¿hacia el aislamiento o hacia la comunión?*, Seminarios 36 (1990) 175-208.

el abrazo más profundo de los cónyuges queda espacio abierto a un deseo mayor que nunca se sacia por completo. Una herida oculta que, como es lógico, se hace mayor en la persona que no goza de las gratificaciones conyugales.

Un corazón pobre y vacío no deja de poseer una riqueza extraordinaria. Las familias y los pueblos más despojados de bienes suelen ser también más acogedores, generosos y solidarios. Como no tienen mucho que ofrecer, se entregan con mayor facilidad y comparten con gusto su misma pobreza. Esa penuria interior del corazón, que no se ha visto compensado por la fuerza de un amor peculiar, lo puede hacer más libre y abierto al no sentirse cogido por nada especial, más comprometido por estar desligado de otros lazos, más transparente y sensible frente a otras soledades ya que sabe lo que significa caminar sin ciertas ayudas. El peligro radica en que esa falta de alimentación afectiva termine provocando una anemia que lo vuelva frío, indiferente, insensible, cerrado sobre sí mismo. Y cuando se esclerotiza la sensibilidad, el jugo afectivo que entabla las relaciones y vincula a las personas, desaparece, o se intenta espiritualizar tanto que parece falso y postizo.

En otras ocasiones, se busca superar la anemia con demandas más o menos inconscientes que sirvan de verdadera compensación. El que no se reconcilia con la pobreza del célibe, andará pidiendo limosna para poder por fin colmarla. Lo peor es que como no puede mendigar claramente, porque su identidad se lo impide y hasta le resulta vergonzoso reconocerlo, sus mensajes se transmiten con formas neutras, en apariencia, pero llenas de un contenido más provocador. Hay maneras muy sutiles de actuar o comportarse que despiertan, sin pretenderlo explícitamente, las respuestas que se buscan y de las que el propio individuo se escandaliza y asusta, cuando llegan a darse, como si él no hubiera sido el verdadero causante. Si este *ayuno* de la virginidad no se hace conscientemente, habrá siempre un hambre interior que necesita saciarse en cualquier momento. Bajo ciertas ingenuidades están latiendo, a veces, otras búsquedas no tan buenas e inocentes.

La libido insatisfecha puede encontrar otras salidas, ajenas incluso al ámbito sexual. No se anda mendigando el amor para llenar los huecos afectivos, pero se intenta suplirlo con otras múltiples indemnizaciones que alivien su ausencia. El apego a pequeñas riquezas, el ansia de posesión y avaricia, el deseo de dominar e influir sobre los otros, la necesidad de sentirse admirado, consultado e influyente, el llamar la atención de alguna manera, etc., son dinamismos presentes y necesarios en cualquier psicología, pero que pueden acentuarse con exceso en la persona que no se siente satisfecha, adquiriendo un significado distinto. El trabajo profesional y hasta el ministerio apostólico se viven, entonces, como una forma de apagar con el éxito la desazón e inquietud interior. La

conducta externa será muy digna y evangélica, pero no hay que ver las simples apariencias, sino la motivación de fondo que las impulsa⁵.

**La fragilidad de un equilibrio:
un resto que no se resigna**

No hay que olvidar tampoco, en segundo lugar, que el equilibrio conseguido no es una conquista definitiva y estable, ni se alcanza de forma completa, sin otros desajustes que influyen sobre el control de la libido. La integración del impulso sexual es fruto de un itinerario que no siempre se recorre sin conflictividad. Diversos condicionamientos de todo orden pesan sobre la conducta de las personas, dificultando, en un grado que no es fácil valorar, su dominio responsable. La creencia de que todo está integrado nace más bien de un narcisismo idealista que pretende ignorar otras zonas más ocultas y encubiertas. En el fondo, queda siempre algún resto sin pacificar o que se rebela y protesta por las continuas exigencias impuestas.

Esta amenaza, común a cualquier persona, se acentúa más en el célibe que renuncia definitivamente a un mundo atrayente y que, a lo mejor, ni siquiera ha conocido de cerca. Ser virgen no significa haber matado la llamada incesante del deseo que le gustaría abrirse a nuevas experiencias inéditas o recuperar lo que había abandonado. Aunque se esfuerce y quiera vivir en coherencia con su vocación, la carne, como símbolo de la dimensión más humana y sensible, no se resigna a perder la primacía que se le niega. En ciertas épocas o momentos se eclipsa y serena, pero puede volver a gritar de nuevo, sin darse jamás por vencida, como si no se resignara a permanecer para siempre en silencio. Una inquietud que se manifiesta, a veces, en el mundo del sueño, de la fantasía, del hambre interior, de la nostalgia, de la curiosidad, que no se integran por el mandato del propio querer.

La renuncia permanente a esas llamadas, que la persona casada no experimenta con tanta fuerza, exige por parte del célibe, que desea vivir en coherencia con su consagración, la capacidad de controlar unas pulsiones que nunca quedarán satisfechas. La búsqueda de alguna compensación amenaza siempre como una alternativa atrayente. Decir que no, incluso cuando las posibilidades se presentan, requiere un temple psicológico que no se hace tan necesario en otros estados de vida. Tales condicionantes, como cualquiera puede comprender, hacen más difícil un equilibrio y control que en la persona casada.

⁵ Me remito a E. LÓPEZ AZPITARTE, *Fundamentación de la ética cristiana*, Paulinas, Madrid 1991, 107-121, donde se habla sobre los riesgos de una pseudomoral inconsciente.

Un solo punto de apoyo: la misión como entrega afectiva

La profesión y la familia constituyen para la persona normal los dos puntos de apoyo fundamentales que la sostienen en su bienestar interior. Todos conocemos a individuos que no tuvieron especial relieve en su trabajo profesional, pero cuyo fracaso lo compensaron ampliamente con el cariño de su casa. O personas frustradas en el ámbito de sus relaciones familiares y afectivas, que encontraron en su actividad laboral un alivio impresionante para el drama de su corazón. El éxito en cualquiera de estos campos es suficiente para mantener un equilibrio psicológico, que desaparece de ordinario en la persona hundida y fracasada. El amor y la profesión, como caminos de realización diferentes, forman un doble fundamento para asegurar un buen resultado en el proyecto de cada uno. Cuando alguno de ellos falla, queda otro recurso válido que impide el derrumbe total.

La situación del célibe se encuentra menos protegida. Ha renunciado al calor de la familia para poner su cariño y su corazón en una tarea apostólica. La persona comprometida con el Reino no trabaja por una compensación económica ni busca un ascenso promocional que le haga sentirse más satisfecho y realizado. Su entrega es, en teoría, un gesto de amor a Jesús y al evangelio. Podría decirse que su dimensión afectiva está profundamente vinculada con su trabajo y que su actividad se explica y condiciona por ese talante afectivo. De ahí que las frustraciones de su vida repercuten en ambos campos sin posibilidades de separación. La soledad afectiva de la virginidad, si no está asumida, afecta al trabajo apostólico, y cuando éste, por una serie de circunstancias, no sale adelante, dificulta aun más la aceptación del celibato. La dicotomía del casado entre el amor y la profesión desaparece aquí, sin que exista otra salida que compense en la hipótesis de un fracaso más o menos significativo⁶.

En busca del paraíso perdido

Los psicólogos hablan de este mito, enraizado en lo más profundo del ser humano. Todos sueñan con recuperar de nuevo un estadio donde se pueda

⁶ Habrá célibes que han encontrado en el éxito personal de su trabajo, incluso apostólico, una fuerte compensación a su vacío afectivo, y otros que han puesto su corazón en alguna persona por encima de su tarea evangelizadora, pero en ninguno de los dos casos se trata, entonces, de un celibato por el Reino, aunque evite, a lo mejor, consecuencias peores. Cf. L. RULLA- F. IMODA-J. RIDICK, *Struttura psicologica e vocazione. Motivazioni di entrata e di abbandono*, Marietti, Torino 1977; AA.VV., *La afectividad en el religioso. Algunos aportes psicológicos*, Testimonio nº 114 (1989).

escapar a los problemas y conflictos de la existencia, como una vuelta a los tiempos primitivos del seno materno. Nadie se resigna a pactar con el realismo doloroso y molesto de la vida, latiendo siempre por dentro la nostalgia de algo mejor que lo que ahora se tiene. No es de extrañar, por tanto, que el infortunio y los fallos en un género de vida provoquen la ilusión de que hubieran sido superables en otro diferente. La imaginación, sin querer, idealiza aquello de lo que no se disfruta. La tentación en este caso es la misma para todos. El matrimonio es la felicidad vista desde el celibato fracasado, lo mismo que la vida sacerdotal o religiosa se llega a convertir en el paraíso de algunos matrimonios conflictivos.

La ilusión engañosa, sin embargo, se repite con más frecuencia entre los célibes. El casado soñará más bien con otra alternativa mejor o, incluso, piensa que hubiera preferido permanecer soltero a una convivencia tensa e insoportable. Pero para el virgen, cuando en su corazón constata la frialdad emotiva, la amargura soterrada, o el hambre de ciertas experiencias, la conyugalidad se ilumina como un verdadero y auténtico oasis, haciendo más difícil su dura realidad. Allí piensa encontrar, como una llamada que le seduce, la solución a todos sus conflictos y una felicidad que se le ha ido alejando. En cualquier momento desagradable y apurado, que no ha de faltar, el cariño compartido con una persona a todos los niveles se vivencia como el alivio y drenaje más adecuado. Nacen unas expectativas tan encantadoras que ocultan otros muchos datos de la situación.

Es verdad que, cuando se renuncia a él, el matrimonio soñado aparece como un ideal casi perfecto. El cónyuge y los hijos se vislumbran en el horizonte como la mejor recompensa y compensación. Nadie piensa haber renunciado a un amor con límites y desajustes, sino a una experiencia humana, la más grande y seductora que se puede ofrecer. La comparación entre la realidad que se vive y el mundo imaginado se hace, entonces, demasiado hiriente y cruel. Para estos momentos se requiere una visión más realista y adecuada, sin dejarse engañar por falsas ilusiones. En cualquier situación hay siempre un margen que frustra, que no responde a la esperanza programada, que destruye el proyecto infantil. El ser maduro no intenta escaparse de la realidad objetiva, sino reconciliarse con ella para intentar una armonía posterior. Un pacto de amistad que no nace de la cobardía o el conformismo. Es la aceptación serena del que aprendió a vivir con los límites estrechos de cualquier experiencia humana. Reconocer la verdad, sin

idealismos, impide otras seducciones peligrosas, que fomentan la nostalgia oculta de un paraíso perdido⁷.

Los caminos para la maduración: un presupuesto de base

Cada estado de vida tiene, por tanto, sus propias dificultades e inconvenientes, como también poseen sus ventajas y aspectos positivos. El celibato, como cualquiera de las otras opciones, implica siempre una dosis de frustración, en cuanto que abandona otros valores y posibilidades que también resultan apetecibles. Lo importante es que cada uno descubra su vocación, en la que llegue a centrarse por completo, y desde ahí trabaje en la realización de su personalidad. ¿Cómo conseguirla dentro del celibato?

Ningún célibe puede ser maduro y equilibrado si no fuese capaz psicológicamente de hacer feliz a otra persona en el matrimonio. La virginidad no debería estar reservada para los fracasados en el amor por limitaciones personales, como tampoco debería casarse ninguna pareja por ciertas necesidades o exigencias falsas o inconscientes. El servicio a Dios no tiene que realizarse con psicologías taradas, aunque sea posible en ellas una entrega muy auténtica y sobrenatural. Si el perfil humano del virgen tuviera que estar siempre destrozado, habría que preguntarse con seriedad si esta elección vale la pena. La relación oblativa, humilde y respetuosa, es la meta de todo el proceso evolutivo. Y para ello es ineludible haber tenido la experiencia de sentirse querido y saber lo que significa amar a otra persona⁸, a pesar de haber renunciado al cariño conyugal.

Ahora bien, una renuncia como ésta no se integra sin conocer y aceptar lo que ella exige y a qué compromete. De la misma manera que, como diremos después, se requiere la seducción de una tarea o de una persona que compense y gratifique el vacío dejado por el abandono de otros valores. El punto de partida tendría que ser, pues, la libre aceptación voluntaria de lo que significa la

⁷ D. GARCÍA, *Dinamismo de maduración afectiva en la vida religiosa*, Testimonio nº 77 (1983) 44-53; P. FINKLER, *La crisis de madurez. I, Crisis más frecuentes. II, Areas de personalidad en que se manifiesta la crisis de madurez*, Testimonio nº 87-88 (1985) 22-55; J. GARRIDO, *Adulto y cristiano. Crisis de realismo y madurez cristiana*, Sal Terrae, Santander 1989.

⁸ A. VÁZQUEZ FERNÁNDEZ, *Sexualidad, afectividad y celibato*, Seminarios 33 (1987) 177-199; AA.VV., *La afectividad en la vida religiosa: don y tarea*, Testimonio nº 102 (1987); B. GOYA, *Celibato, madurez en Cristo*, Revista de Espiritualidad 47 (1988) 649-681; J. GARRIDO, *Educación y personalización. Reflexiones sobre la formación inicial en la vida religiosa*, Claretianas, Madrid 1990; J. M. FERNÁNDEZ MARTOS, *A la caza de jóvenes demonios. Sobre la estructuración y unificación del deseo en la formación*, Sal Terrae 79 (1991) 791-810.

virginidad: la renuncia a la más bella y profunda de las experiencias humanas⁹. En el fondo, como ya he dicho, es vivir para siempre con una cierta soledad básica, pues ni siquiera el amor del Otro responde directamente a las urgencias humanas que el corazón necesita.

Esto lleva consigo una triple negativa, de la que ya había hablado en mi artículo anterior y que ahora simplemente apunto. Renuncia a las gratificaciones de la experiencia sexual, como lenitivo y compensación a los problemas y cansancio de la vida. Ausencia del compañero con el que compartir la existencia a todos los niveles, como refugio mutuo y compañía amorosa. Y despojo del instinto biológico de paternidad, que despierta poder e iniciativas creadoras.

La crisis de una evolución: lo psicológico y lo pecaminoso

El equilibrio de la virginidad no resulta siempre estable y definitivamente adquirido. La evolución hacia la madurez supone un cambio permanente con sus correspondientes crisis para irse adaptando a las nuevas circunstancias personales. Esta dificultad nace de la complejidad misma que posee la libido humana. La sexualidad es una organización frágil de pulsiones parciales que, a través de su evolución histórica por las diversas etapas que atraviesa, busca su satisfacción con diferentes objetos. A lo largo de todo este proceso son inevitables ciertos desajustes y regresiones, como consecuencia de factores externos que no dependen de nuestra voluntad. Cualquiera de estas dificultades obstaculiza, en proporciones desconocidas, la armonía y conjunción posterior.

Esto explica la posibilidad de conductas insatisfactorias, que incluso deben catalogarse como éticamente importantes, pero que no siempre brotan de una libertad personal. Nadie está libre de estos condicionantes que forman parte también de las acciones consideradas como voluntarias. Existen muchos comportamientos conscientes que escapan, sin embargo, al control del propio sujeto. Son actos más o menos compulsivos, aun sin la conciencia de esta limitación, que no se llegan a dominar por completo y que brotan a veces en los momentos más inesperados. Las causas de esta compulsividad no se descubren fácilmente, pues integran el patrimonio de tantas experiencias vividas desde la

⁹ Todo lo que digamos a continuación se refiere a un ideal que, como he anotado antes, no siempre llega a realizarse. La tragedia íntima de muchos matrimonios, que a veces no se traduce hacia afuera, puede hacerse tan dolorosa que, aun humanamente, el celibato aparezca como una solución mejor, aunque ya inaccesible. Y desde luego, la convivencia continua con una persona a la que no se quiere, resulta mucho más difícil de soportar que una vida más solitaria.

primera infancia, que se entremezclan con los elementos educativos, ambientales y fisiológicos en la personalidad de cada individuo.

En la vida celibataria, por las renunciaciones que exige semejante estado, tales situaciones podrían acentuarse, al no existir la liberación y el drenaje de pulsiones existente en la actividad de la persona casada. Es posible, entonces, que muchas ilusiones se rompan, aparezcan determinados conflictos o surjan con fuerza ciertas necesidades, que habían permanecido demasiado silenciosas.

En teoría, habría que distinguir, por tanto, entre lo que nace de una verdadera libertad –lo pecaminoso– y lo que es producto de una responsabilidad condicionada –lo psicológico–. La dificultad práctica, sin embargo, radica en medir el grado de esa fuerza irresistible que aparentemente doblega, cuando, en tales circunstancias, queda siempre un espacio para la cooperación libre, donde se hace presente la cobardía, la falta de tensión o la comodidad excesiva.

Precisamente por esto último, nada de lo dicho con anterioridad debe convertirse en una tentación al laxismo. También es necesaria una honestidad grande y sincera para sospechar, por lo menos, y reconocer, si es posible, el margen de colaboración prestada. La falta de limpieza psicológica, el soñar despierto, la búsqueda de ciertos estímulos, la negativa a dar los primeros pasos que no parecen peligrosos, las pseudo-justificaciones e intereses ocultos que disminuyen el deseo de luchar, el pacto cobarde con la realidad que se vive, etc., son elementos de una tensión interior que más adelante parece incontrolable.

La superación de un narcisismo perfeccionista

Por eso hay que superar el peligro de un narcisismo perfeccionista que está obsesionado por alcanzar la maduración plena. Con frecuencia se crea un yo ideal al que se sacrifican los mejores esfuerzos y las mayores energías con tal de conseguirlo. El margen que siempre queda entre la perfección soñada y la realidad vivida es el terreno abonado para tantos desencantos y frustraciones, que dejan por dentro el dolor y la amargura del fracaso. Los nuevos intentos y propósitos tampoco resultan eficaces, como si la meta estuviera en lograr una conducta sin fallos ni desajustes. Semejante orientación no sólo se aparta del espíritu evangélico¹⁰, sino que se convierte en un signo psicológico de inmadu-

¹⁰ De ello he tratado con mayor amplitud en o.c. (n. 5), 261–288. Cf. J. DUPONT, "Soyez parfaits" (Mt 5,48), "Soyez misericordieux" (Lc 6,39) y *L'appel à imiter Dieu, en Mathieu 5,48 et Luc 6,36*, en *Études sur les Évangiles Synoptiques I*, University Press, Leuven 1985, 529–550; J. A. GARCÍA, "Sed perfectos..." *Canto y compromiso en el acercamiento salvador de Dios*, *Sal Terrae* 74 (1986) 703–714; S. G. ARZUBIALDE, *Theologia spiritualis. El camino espiritual del*

rez y, al mismo tiempo, dificulta la evolución progresiva, pues supone un repliegue egoísta sobre sí mismo¹¹. La madurez tiene siempre un idéntico punto de partida: la difícil reconciliación amorosa con las propias limitaciones. Es verdad que Dios no quiere el fracaso de nuestro proyecto, pero sería trágico obtenerlo a través de la propia autosuficiencia, que inevitablemente produciría una máscara farisaica y la consiguiente imposibilidad de un encuentro salvador en la gracia¹².

La relación afectiva del virgen: reconocimiento de una doble dinámica

Supuestas estas condiciones –aceptación de lo que significa el compromiso y reconciliación con las limitaciones personales–, el tema de la amistad adquiere una importancia extraordinaria en la vida del célibe¹³. La misma relación afectiva heterosexual no hay por qué rechazarla como elemento de equilibrio y maduración, como ya expliqué en mi artículo anterior. La historia y la experiencia ofrecen abundantes testimonios y documentos¹⁴.

Sin embargo, sería ingenuo e injusto no señalar, al mismo tiempo, los riesgos y equivocaciones que la vida nos enseña. Admitir en teoría que la amistad,

seguimiento a Jesús, Comillas, Madrid 1989, vol. 1, 65–82.

¹¹ J. M. FERNÁNDEZ MARTOS, *Psicopatologías de la perfección o la lidia del "aguijón de la carne"*, *Sal Terrae* 74 (1986) 715–731; M. HOLGADO, *El centro de la burbuja. (En torno al narcisismo)*, *Sal Terrae* 77 (1989) 803–816.

¹² M. A. FUENTES, *Actualidad del fariseísmo como problema moral*, *Gladius* 15 (1989) 29–44; J. A. GARCÍA, *Así es Dios tan bueno. Parábola al fariseo que habita en nuestro interior*, *Sal Terrae* 77 (1990) 133–147.

¹³ En la bibliografía citada con anterioridad existen frecuentes referencias a este punto. Cf además P. GERVAIS, *La amistad en la vida religiosa*, *Selecciones de Teología* 22 (1983) 144–152; J. M^a. GUERRERO, *La revalorización de las amistades en la vida religiosa. Criterios de evaluación*, *Testimonio* n^o 77 (1983) 54–64; J. M^a. ARNAIZ, *La animación del amor célibe en la vida de una provincia religiosa*, *Testimonio* n^o 87–88 (1985) 64–71; M. NAVARRO PUERTO, *La amistad entre célibes: algunos aspectos psicológicos y teológicos*, *Seminarios* 33 (1987) 447–463; DOCUMENTOS, *Hacia una sana integración de la afectividad y sexualidad en la totalidad de la persona*, *Testimonio* n^o 102 (1987) 76–80; M^a. T. RUIZ-PRADO, *Castidad: libres para amar*, *Testimonio* n^o 107 (1988) 14–20; X. THÉVENOT, *Las amistades femeninas de los sacerdotes*, en *Pautas éticas para un mundo nuevo*, *Verbo Divino*, Estella 1988, 91–100; S. M^a. ALONSO, *Amistad y consagración en la vida religiosa*, *Claretianas*, Madrid 1991².

¹⁴ J. HÄRANG, *Temoignages*, *Supplément* 22 (1969) 207–216; E. GENTILI, *Consecrazione e amore*, Gribaudi, Torino 1972, especialmente 52–98; M. HERRÁIZ, *Sólo Dios basta*, *Espiritualidad*, Madrid 1981², 321–340, donde recoge preciosos testimonios del cariño que santa Teresa sentía hacia el P. Gracián. AA.VV., *Experiencias*, *Testimonio* n^o 77 (1983) 72–78 y n^o 102 (1987) 61–75.

incluso la más profunda, es buena y enriquecedora no debería servir de justificación para ocultar una serie de equívocos, cuyas consecuencias no se constatan hasta que la situación se hace crítica o irremediable. Es muy difícil superar los engaños cuando las relaciones se hacen demasiado interesadas, y son muchas las motivaciones ocultas que dinamizan el mundo afectivo. Lo que había comenzado como una experiencia tan buena y extraordinaria termina donde nunca se había soñado ni pretendido llegar.

A veces se afirma, como un argumento para rechazar esta posibilidad, que todos los abandonos de la vida religiosa o sacerdotal están motivados por problemas afectivos. La realidad no responde, sin embargo, a este presentimiento¹⁵, pero, aunque así fuera, debe tenerse en cuenta que tales problemas afectivos no son muchas veces los que destruyen la vocación, sino que nacen precisamente cuando la firmeza o el convencimiento de ésta estaban ya muy debilitados. Por ello no es fácil saber con claridad, en ocasiones, cuál ha sido la causa y cuál la consecuencia o efecto. En cualquier hipótesis, se trata de un terreno resbaladizo en el que se requiere una suficiente lucidez y una dosis grande de honestidad.

En la vida celibataria se da una renuncia al ejercicio de la genitalidad, pero ello no significa marginar la dimensión sexuada de cada individuo que se manifiesta y actualiza en las relaciones con el otro sexo. La llamada recíproca, complementaria y enriquecedora forma parte de cualquier encuentro entre hombre y mujer, donde la ternura, la confianza, la simpatía, el cariño, la sensibilidad se pueden –y hasta se deberían– hacer presentes. La persona madura está capacitada para vivir esta relación con una espontaneidad sana, sin que se mezcle necesariamente con otros elementos genitales. Ahora bien, como la frontera entre lo sexual y lo genital no está siempre bien delimitada, es posible que ciertas expresiones sexuales se encuentren motivadas por una dinámica genital oculta y sutil, que no interesa por el momento reconocer hasta que un día se manifiesta con claridad. El proceso de gestación inconsciente se venía desarrollando con antelación, aunque el sujeto prefería conservar la ignorancia o una ingenuidad demasiado interesada¹⁶.

Estar atentos a este riesgo no implica fomentar el miedo, la sospecha o la desconfianza, sino insistir en la necesidad de este conocimiento interior, indispensable para la integración y madurez en el celibato. El sacerdote, en

¹⁵ Ver A. JIMÉNEZ CADENA, *Las causas del abandono del sacerdocio ministerial*, Medellín 12 (1986) 87–95; J. PUJOL Y BARDOLET, *Vocación y fidelidad en la evolución de nuestros tiempos*, Verdad y Vida 44 (1986) 81–117.

¹⁶ T. ANATRELLA, *Facteurs psychologiques dans les relations mixtes*, Supplément n° 166 (1988) 49–60.

concreto, representa un papel singular en el juego de las relaciones afectivas. Como a confidente y consejero, se le pueden revelar los secretos más íntimos, incluso sobre temas delicados, que a ningún otro se le comenta. Su capacidad de escucha y sintonía es apta para despertar vinculaciones más profundas, sobre todo cuando el confidente –o él mismo– se halla desamparado o con dificultades en el mundo afectivo. Es como el descubrimiento de un ideal soñado que aún no se encontró en la realidad. Suscitar su interés y cariño late con frecuencia en el inconsciente, pues supone el gozo de una conquista especial por su condición sagrada¹⁷.

Conocimiento realista y objetivo de la situación

No será inútil alertar de nuevo sobre los múltiples engaños posibles, cuando se vive una situación afectiva tan gratificante e interesada. Los comienzos, además, suelen ser bastante positivos hasta para el trabajo apostólico y la vida espiritual. Se trata de una experiencia gozosa que reanima las ilusiones, despierta nuevas esperanzas, afronta mejor las dificultades y conflictos de siempre, suaviza las tensiones, e incluso facilita el encuentro con Dios. Conviene, sin embargo, estar vigilante sobre el proceso posterior, una vez que ha pasado la primera etapa de euforia, cuando el amor empieza a exigir espacios de tiempo más prolongados y un clima de intimidad excesivo en el que los otros aparecen siempre como unos intrusos.

También el cuerpo hace acto de presencia para achicar la lejanía física de personas que no se sienten espíritus angélicos y que empiezan a encontrarse movidas por sentimientos y deseos que no siempre consiguen controlar. Son momentos que se viven como una cierta aventura, sin saber cuál será el fin, y en los que a lo mejor se andan los primeros pasos por caminos que nunca se habían imaginado. Hay justificaciones demasiado ambiguas que tranquilizan aparentemente, aunque en la distancia y con mayor objetividad tampoco satisfacen por completo. Los mismos errores y equivocaciones pueden ayudar, entonces, a un deseo de clarificación para reconducir un proceso, que se iba desviando, hacia una coherencia mayor. En otros casos, el final se hace imprevisible, aunque la solución no se pueda valorar con idénticos criterios. En cualquier caso, cuando la vuelta atrás ya no se hace posible, la responsabilidad corresponde más a este

¹⁷ J. MARRONCLE, *L'Homme interdit*, Nouvelle Cité, Paris 1987, donde analiza las resonancias sobre la psicología femenina del hombre consagrado, prohibido, que de pronto se descubre cercano, sensible, con capacidad de comunicación... y hasta necesitado de calor humano.

período primero de gestación, donde faltó lucidez y fortaleza, que a la decisión última que ya estuvo demasiado condicionada.

En tales circunstancias, por otra parte, habrá que tener también muy en cuenta la situación de la otra persona, que puede ser bastante diferente a la que uno está viviendo. A lo mejor el sujeto se cree con fuerzas y garantías suficientes para superar momentos delicados y conserva un convencimiento profundo de fidelidad a su vocación, pero está creando en el otro un estado cada vez más insostenible, porque su psicología personal o el momento que atraviesa lo coloca en una posición muy incómoda y delicada. Se anudan unos vínculos que para él resultan insuperables, aunque para el primero no le impidan seguir su camino adelante. Fomentar y mantener una relación que personalmente parece inocua y placentera, sin querer darse cuenta del daño y destrozo que se está provocando, es un comportamiento irresponsable y perverso, a pesar de la aparente inocencia con que se acepta. Hay que observar muchas veces las cosas desde fuera para comprender con realismo el dolor y estrago infligido¹⁸.

Es posible, incluso, que alguno se quiera mantener fiel al compromiso primero o deseara retroceder hacia una relación menos intensa, pero su propósito resulta ineficaz, cuando descubre que semejante tentativa comporta una pena y sufrimiento tan grande en el otro que se siente incapaz de hacerlo desgraciado para siempre. El sentimiento de que Dios mismo no puede permitir ese abandono aflora y se explicita con frecuencia, haciendo más confusa la respuesta. La pregunta, tal vez, habría que enfocarla hacia el pasado: ¿quería Dios que se llegara a esta situación?

La confrontación de una experiencia: papel del consejero

Por todo lo dicho hasta ahora, se deduce la importancia de confrontar la propia experiencia con un consejero, como ayuda inestimable en el proceso de clarificación. El hecho mismo de estar dispuesto es un signo de transparencia y sinceridad, pues no resulta fácil este tipo de manifestaciones por diversos motivos. Se trata de una vivencia tan íntima, singular y personalizada que ninguno se atreve a comunicar, como si nadie pudiera llegar a comprenderla o pareciera

¹⁸ Son varios los casos que conozco en los que se abandonó el compromiso anterior por amor a una persona, que después decide seguir en su vocación, a pesar de haber creado y mantenido esas expectativas. Una fidelidad, que ha jugado de esa manera con la otra para provocar un cambio de vida y dejarla después sumida en la frustración, deja de ser un auténtico testimonio.

una violación compartirla, aunque se mantenga el anonimato del compañero. Es verdad que estos problemas no son para exponerlos en público, ni siquiera dentro de una vida comunitaria, pero sería bueno estar convencido de que no basta fiarse de la buena voluntad o del sentido común, ya que la dinámica afectiva presente suele jugar malas pasadas, además de que la inexperiencia facilita los errores. La pena es que con frecuencia se acude cuando el problema se ha complicado en exceso y la solución, aunque fuera asequible, se torna más dificultosa.

El papel del testigo, sobre todo en estos casos, no consiste en prohibir o consagrar, como si él tuviera que imponer una decisión negativa o favorable. En este campo, es muy difícil aceptar un consejo ajeno del que no se está interiormente convencido. Su misión se limita a ofrecer una serie de datos que, en tales momentos, no se conocen siquiera, se pretenden ignorar o no se objetivan lo suficiente. Los mecanismos psicológicos que actúan son demasiado fuertes, interesados y complejos para analizar el problema desde la propia perspectiva. La experiencia del consejero sabrá poner a flote motivaciones ocultas, indicar signos de verificación y autenticidad, incluir aspectos y circunstancias olvidados, descifrar ciertas confusiones, hacer más explícito y comprensible lo que se vive pero que no está del todo clarificado, levantar la mirada por encima de la intensidad presente. Todo, en una palabra, para que el sujeto afectado sepa decidir con mayores garantías. Con la conciencia, al mismo tiempo, de que no existen criterios tan evidentes que aseguren de forma absoluta la rectitud de cualquier opción. Quedar siempre abiertos a la posibilidad de un cambio o rectificación será una postura sensata y aconsejable.

El amor en el desierto: la renuncia a una experiencia gratuita

Por otro lado, no ha de olvidarse que el amor es siempre una ofrenda y un regalo de la vida que no se puede jamás conquistar ni merecer; una experiencia de gratuidad absoluta, que constituye un privilegio del que no todos llegan a disfrutar, al menos en sus niveles más íntimos. Hay que tener muy claro, por tanto, y aceptar que, aunque sea una ayuda y enriquecimiento, semejante experiencia afectiva no es necesaria para la vocación ni para la madurez psicológica. Es más, me atrevería a decir que los valores de esta amistad no producen sus verdaderos frutos, mientras no se haya uno tragado la posibilidad de una vida solitaria, e incluso experimentado por dentro el realismo de esta situación. Hay que atravesar el desierto del celibato antes de gozar con la tierra prometida. El que no ha sido capaz de vivir la soledad de su consagración, difícilmente descubrirá el rostro de Dios en los ojos de la persona amada. Por eso no estaría

mal insistir en los inconvenientes de ciertas experiencias demasiado primerizas. La amistad, en este caso, tiene el riesgo de ser una compensación a la añoranza de algo que falta y que no está aún asumido, en vez de ser un encuentro para compartir la felicidad que ya se disfruta. Sin embargo, aunque no añada ningún elemento esencial a la gracia de la vocación, nadie tiene derecho a desconocer o despreciar este regalo de Dios, de la misma manera que tampoco constituye ningún timbre de gloria para poder vanagloriarse.

Y es que, cuando la virginidad tiene un contenido religioso, la dimensión sobrenatural ha de prevalecer sobre cualquier otra y convertirse en la motivación primaria y básica. La renuncia y soledad que comporta se aceptan a cambio de otra plenitud de signo diferente, que sólo se vislumbra en la experiencia religiosa. Sin esa relación personal con Dios, la virginidad cristiana se queda a medio camino.

Eduardo López Azpitarte